EL HONGO Y EL MIRIÑAQUE,

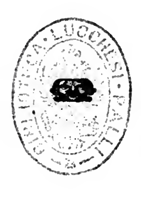
APROPÓSITO CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

IMPROVISADO

POR D. RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.

Estrenado con gran aplauso en el teatro del Príncipe la noche del 27 de Mayo de 1859.





MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

AL SEÑOR DON FERNANDO OSSORIO.

Une nocha entré an al teatro del Príncipe y me dirigí al cuarto-vestuario de V.—Jamás uos habiamos hebledo; y sin embargo, yo presanté á V. esta improvisacion cómica, sin recomendacion alguna.—V. me prometió leerla, y al signiente dia sa repartiaron los pepeles.

Paro probar uoa vez mas la ooble protaccion que V. dispensa á los escritores desconocidos en Madrid, baste decir que V. ignoró mi nombre hasta hoy qua lo vé al pie de astas líneas.

El mérito de este improvisacion es insignificauta.—El trabejo da seis horas de buen humor nunce puode tener pretensiones.—Pero el comportamiento de V. exige de mí que lo haga público an asta dedicatoria.

Admita V. con ella la profunda gratitud da su amigo,

El Autor.

Madrid 26 da Mayo da 1859.

PERSONAJES.	ACTORES.
SINFOROSA..............	SRA. VALVERDE.
INÉS....................	SRTA. OSSORIO.
JUANA...................	SRA. TUTOR.
D. ROQUE (1)............	SR. OSSORIO.
JULIO...................	SR. MARIO.

(1) El primer actor D. Fernando Ossorio, á cuya fecunda inventiva debo especialmente el buen éxito de este juguete, desempeñó el papel de D. Roque, caracterizando á este personaje como atacado del mal de San Vito.—Lo consigno aquí por si los actores que se encarguen de dicho papel quieren imitar esta creacion cómica, haciendo oportunamente los gestos propios de aquella enfermedad.

ACTO ÚNICO.

Sala bien amueblada.—Puerta al fondo y dos colaterales.—Papeles sobre un velador y un plumero sobre una silla.—La horquilla para el cortinaje, apoyada contra el sofá.

ESCENA PRI M EA.

JULIO, JUANA. (Entran por el fondo.) Julio con sombrero de copa. Juana con el vestido muy ahuecado. Esta escena debe llevarse algo ligera.—Juana hablará siempre con afectado acento; y los personajes que tienen diálogos con ella, demostrarán su asombro al escuchar algunas de sus mas ridículas frases.

JULIO. Y Sinforosa, ¿no ha vuelto?
JUANA. No, señor; aun no ha venido.
Con don Roque muy temprano
fué á la pradera del rio,
y á juzgár por lo que tarda
se divierte en S. Isidro.
JULIO. ¿Eso crees? (¡Y estará
mas fiera que un basilisco!)
JUANA. Eso creo, si, señor.
Bien claros son los indicios.
JULIO. (Ya empieza la muy sabionda
á sobarme los oidos
con sus cultas expresiones

y sus enfáticos giros.)
Aquí esperaré su vuelta. (Sentándose.)
(Me entretendré con sus dichos.)

JUANA. Sabe usted que en esta casa
ya no hay para usted cumplidos.

JULIO. Oye, Juana. Si quisieras
darme el *Diario de Avisos*,
me distraeria leyendo...

JUANA. Tome usted. Está vacio
(Entregandóselo.)
de interés.—
(Un reloj dá la hora.)
Las cinco ya
y yo sin haber salido,
mientras que ella, la vieja,
la cotorrona, el vestiglo,

JULIO. Si te oyese...

JUANA. En cuanto vuelva
en sus barbas se lo digo.
¿Piensa usted que tengo pelos
en la lengua, señorito?
¡Si me despide, mejor!
¡Ya estoy harta del servicio!
¡Á la primera ocasion
me sublevo, me emancipo!

JULIO. (¡Ya escampa!)

JUANA. ¡La servidumbre
no es para pechos altivos!
(Julio se sonrie.)
¿Piensa usted que ha de faltarme?...

JULIO. ¡Pero si yo nada digo!

JUANA. Mi Antonio, que me idolatra
y me enseña á hablar tan fino,
que es un jóven tan brillante,
periodista distinguido
y afamado escritor público,
porque redacta él solito
los anuncios y las fajas
de un periódico político,
llegará á ser algun dia
embajador ó ministro.
Y teniendo en lontananza

un porvenir tan amigo,
es absurdo que yo sufra
el humor pésimo, hídrico
de esa doña Sinforosa.
¡Aqui no hay dias festivos!
Mientras ella se pasea
haciendo dengues y mimos
por lucir el miriñaque,
el quiquiriquí y los rizos,
que á una mujer de sus años
estan... como á un Santo Cristo
un par de pistolas, yo,
que si no soy un prodigio
de belleza, no me tengo
por un mónstruo.

JULIO. ¡Muy bien dicho!

JUANA. Aqui como una portera
me paso todo el domingo,
pensando en mi caro Antonio.
¡Sabe Dios si se fué al rio!
¿No hay razon para quejarse?

JULIO. Si, que es injusto.

JUANA. ¡Injustísimo!
¡Y esta tarde, que mi novio
me tenia prometido
comer juntos en la fonda
de Lozoya!...

JULIO. ¡Pobre chico!
(¡No ha tenido poca suerte
en librar hoy su bolsillo!)

JUANA. Pero usted, señor don Julio,
que es amigo, y tan amigo
de esa doña Sinforosa,
que le llama á usted su íntimo,
sin conocer la muy necia...
(Impaciencia de Julio.)
Nadie nos oye.

JULIO. (¡Habrá pico!)

JUANA. Que si besa su peana
es por la sobrina.

JULIO. ¡Chito!

JUANA. ¿Cómo se halla usted aqui...

JULIO. ¿Yo?... Me perdí en S. Isidro.
JUANA. ¿De veras, señor don Julio?
Se perdió usted porque quiso;
para venir á rondar
los balcones de don Lino,
en cuya casa quedó
la sobrinita. ¡Pues digo!
¿Y no os esta otra crueldad?
Y todo por los ridículos
celos de ese vejestorio.
Su proceder es inícuo.
No sé cómo usted consiente
semejante sacrificio.
JULIO. ¿Y qué pudiera hacer yo
sin que en el momento mismo
no sospechase el engaño
Sinforosa? Yo no atino...
El único que debiera
devolverla su albedrio
es su padre.
JUANA. ¿Quién, don Roque?
¡Pues no vé usted, señorito,
que el viejo vive sujeto
al soberano capricho
de su hermana! Si es un hombre
sin pantalones, sin brios.
Y aun asi dice lindezas...
no sé á quién; pero he sabido
que van muy adelantados
esos amores tardíos.
Por supuesto que su hermana
ignora este tapadillo.
JULIO. Absorto me dejas, Juana.
JUANA. Pues con estos amoríos
y con la guerra de Italia,
que hará perder el juicio
á don Roque, el pobre diablo
está como distraido.
Al menos en esta casa
no habla mas que del Tessino,
de Turin y de Viena,
de franceses y de austríacos.

Pedirle otra cosa al viejo
es pedir peras al... pino.

JULIO. ¡Ay, Juana!

JUANA. ¿Mas qué temor
le arredra á usted, para hoy mismo
descubrir aquí la farsa
y hablar á todos clarito?
¿No corresponde á usté Inés?
¿No le ama á usted con delirio?
(¿Dónde pondria la carta
que hoy me dió? ¡La habré perdido!)
¿No cuenta usted con buen sueldo
en un seguro destino?

JULIO. Es verdad; pero quisiera
preparar antes con tino
la voluntad de don Roque.
¡No quiero suegro enemigo!

JUANA. Pues si usted no lo hace pronto
vá á morir ese angelito.
Dos años há justamente
mañana que á Madrid vino
con su padre, que en mal hora
vivir con su hermana quiso.
Doña Inés no fué una noche
á la Iberia ni al Suizo;
y seguro os que su boca
está virgen... de barquillos.
De teatros, no conoce
ni siquiera el paraiso
del Real, siendo don Roque
un propietario tan rico.
Pero ¿qué mas quiere usted?
Es tan cruel y tan rígido
el ascendiente que ejerce
en su ánimo sencillo
esa tia inexorable,
que severa le ha prohibido
hasta llevar miriñaque!
un accesorio tan lindo,
¿no es cierto?

JULIO. ¡Mucho que si!

JUANA. Veto doblemente ilícito,

porque doña Siuforosa,
que cuenta ya medio siglo,
lo gasta mas ampuloso,
mas hinchado y mas altivo,
que pretencioso discurso
de diputado... neofito.

JULIO. (¿Y quién sufre tal lenguaje?
¡Se desató el torbellino!)

JUANA. Asi vá la triste jóven
con ropajo tan exíguo,
que pareco una fantasma.
¡Ya se vé! viste á lo antiguo,
y para inspirar amor
quererla mucho es preciso.
¡Si es la tia mas tirana
y envidiosa que ha existido!
¡Privar á una niña bella
del miriñaque! ¿Háse visto?...
La invencion mas ingeniosa
y de mayor atractivo
cuando está bien recortado;
¿verdad? ¡por ejemplo, el mio!
¡Mire usted qué airoso ondula!
(Cruzando la escena.)

JULIO. (¿Hay cabeza de chorlito?)

JUANA. Es de Paris. ¡Todo acero!
Vea usted qué bien repartidos
estan los pliegues...

JULIO. ¡Já, já!

JUANA. ¡Qué vuelo tan redondito!
¡Si no hace una prominencia!
Esto es lo justo, lo extricto;
la exactitud matemática;
en una palabra, el círculo. (Se para.)

JULIO. Acérrima defensora
te muestras de ese embolismo.

JUANA. Yo no sé por qué los hombres
se han declarado enemigos
de un aparato tan cómodo
y esbelto.

JULIO. ¿Cómodo has dicho?

JUAEA. Si, señor; y si usted duda,

á las pruebas me remito.
¡Que me siento en un sofá!
Mire usted. Sin el mas mínimo
(Se sienta en el sofá.)
esfuerzo, puedo tenderme.
¡En la butaca! ¡Lo mismo!...
(Id. en la butaca.)
Si es la censura mas necia (Levantándose.)
que han inventado los críticos.
Un dia mi señor novio
ponernos quiso en ridículo,
escribiendo una diatriba
que insertó sin mi permiso;
pero le costó al osado
tal disparo de pellizcos,
que no volverá á escribir
impertinentes artículos.
Pasemos á mas difícil
postura. ¡Que me arrodillo! (Arrodillase.)
Mire usted qué fácilmente
queda el vuelo en torno mio.
¡Que tenemos que sentarnos (Se levanta.)
sobre los suelos benditos!
Pues sin que en ello se rompa
ni se tuerza el mecanismo,
me quedo sobre la falda...
(Dá rápidamente algunas vueltas, y se sienta en el suelo al decir este verso.)
¿Vé usted? como un molinillo!
(Suena la campanilla.)

JULIO. Será...
(Levantándose.)

JUANA. ¡Doña Sinforosa! (Id.)
La reconozco en los brios
con que tira del cordon.
Vendrá de un genio...

JULIO. ¿Habrá ido
acaso á buscar á Inés?

JUANA. No, señor.— Quedó don Lino
en traerla cuando salga,
y aun tardará buen ratito!
(Vuelven á llamar fuera.)

¡Allá voy!

Julio. Pues por la puerta
del aguador me deslizo.

Juana. ¿Volverá usted?

Julio. Á las seis.
Si pregunta si he venido...

Juana. ¿Soy yo tonta? ¡Le diré
qué aqui reinó... el solecismo!
(Váse y vuelven á llamar.)

ESCENA II.

JULIO.

¡Solecismo! ¡Santos cielos!
(Disponiéndose á marchar.)
¡Hay mayor barbaridad!
¡Oh prurito de hablar bien
pudiendo hablar menos mal!
¿Y mi sombrero?... (Buscándolo.)
Hélo aqui. (Se lo pone.)
Mas, ¿no me olvidaba ya
de ir á casa de Guevara
á escoger un hongo?

Sinf. ¡Ah!
(Dentro.)
¡Si tienes los pies... de plomo!

Julio. ¡Ya empieza la tempestad!
¡En el bando reformista
vámonos á afiliar!
(Váse por la izquierda.)

ESCENA III.

SINFOROSA, JUANA por el fondo. Sinforosa trae puesto un quiquiriquí ridículo y gran miriñaque.

Sinf. Eres la chica mas torpe
que en esta casa sirvió.
Todos los dias que salgo,
¿he de romper el cordon
de la campanilla? ¡Dí!

JUANA. (¡Un hueso fuera mejor!)
SINF. Necesito mas paciencia
para aguantarte, que Job.
JUANA. ¡Si no oí que usted llamase!
SINF. Pues bien recio fué el tiron.
Si tuvieras las orejas
en el cordel... no se yo...
(Se sienta.)
JUANA. Señora, no creo justa
tan fuerte reconvencion.
SINF. ¡Cállese usted, bachillera!
Si para hacer su labor
tuviese usted una mano
tan ligera, tan veloz
como la lengua..
JUANA. (Mañana
pido mi cuenta y me voy.
¡Sufrir esto, yo! ¡La esposa
futura de un... sabe Dios!)
SINF. ¿No vino por ahí don Julio?
JUANA. No, señora. (Al fin llegó
mi vez para darle enojos.
No perderé la ocasion.)
SINF. (Pero entonces, ¿dónde estuvo
toda la tarde el traidor?
¡Si bien me hubiera buscado
no me perderia, no!)
Y Roque, ¿tampoco vino?
JUANA. ¡Tampoco!
SINF. (Buen papelon
hice hoy en la pradera
separada de los dos,
yendo de aqui para allá
sin un triste adorador.
¡Cuánta polla empalagosa
á S. Isidro bajó!
Chiquillas que aun en los labios
llevan la leche, ¡es atroz!
y la secan murmurando
insulsas frases de amor.)
JUANA. (¡Reventando está de ira!)
SINF. (¡Bah! Si los hombres de hoy

tienen ya perdido el gusto.
¿Pues cabe comparacion
entre una polluela tonta
que acaso ni aun comulgó,
y una mujer... hecha ya...
que distingue de color...
robusta... desarrollada...
por ejemplo, como yo?)

JUANA. (¡Se conoce que los celos
le roen el corazon!)

SINF. ¡Jesus, qué mareo siento!
¡Tanta gente, y luego un sol!
(Se levanta.)
¡Bueno habré puesto en el campo
el quiquiriquí!... ¿Pues no?
(Al espejo.)
¡Juana!

JUANA. ¡Señora!

SINF. Este velo...
(Dándoselo.)

JUANA. Olvidaba lo mejor.
(No vá á tomar mal berrinche
la envidiosa.) Hoy á las dos
han traido este papel.

SINF. Dáme... ¿Á ver? ¡Un tarjeton!
(Váse Juana por el fondo.)

ESCENA IV.

SINFOROSA. (Leyendo.)

«Doña Ramona Tarrasa
y don Teodoro Leon,
le participan su union
y ofrecen su nueva casa.»
¿Hay paciencia para tal?
¡Otra polluela! ¡Me aburro!
¿Y viven?... «Calle del Burro,
número diez, principal.»
No hay costumbre mas soez
que circular tal noticia,
porque á la soltera inicia

en lo que ignora tal vez.
Y aunque sea la soltera
de experiencia como yo,
esta papeleta... ¡oh!
hace padecer dentera.
(Lo tira sobre el velador y se sienta como preocupada.)

ESCENA V.

SINFOROSA, D. ROQUE.

Entra por el fondo y se dirige con gran misterio á Sinforosa.

ROQUE. ¡Mil muertos! ¡diez mil heridos
y quince mil prisioneros!
SINF. ¿Qué dices? (Con aspereza.)
ROQUE. ¡Son las noticias
mas recientes del telégrafo!
SINF. ¿Pero noticias de dónde?
ROQUE. De los aliados ejércitos,
que esta tarde en el Piamonte
una gran batalla dieron.
Lo que se ignora es quién tuvo
la pérdida que te cuento.
¡Ya se vé! Los partes corren
lacónicos en extremo
porque los gastos son muchos
y noticia de telégrafo
suele venir sin el dato
mas esencial; pero creo...
SINF. Mira, Roque; no me canses
con ese estribillo eterno,
porque no sabes ni jota,
ni sabrás en mucho tiempo.
¿Qué entiendes tú de política?
Vamos á ver.
ROQUE. ¡Por supuesto!
que no leo en los periódicos
todo el correo extranjero.
Ademas, que en las mejores
fuentes las noticias bebo.
SINF. Donde las bebes, simplon,

mejor dicho, el bebedero
donde tragas esas filfas,
es en los cafés, oyendo
las noticias que circulan
entre las turbas de necios,
á cuyas voces tan solo
hombres como tú dan crédito.

ROQUE. ¡Pues las aguas del Tessino
con sangre se enrojecieron!
Á quien Dios se la haya dado,
se la bendiga san Pedro.
Bien dije yo, que la paz
costaria mucho fuego.

SINF. Pero vamos á ver, Roque.
¿Qué te importa todo eso
para pensar de continuo
en la guerra?

ROQUE. ¿Pues no tengo
ni el derecho de pensar?

SINF. ¡Si tú eres un majadero!

ROQUE. ¿Qué mala yerba pisaste
en san Isidro?

SINF. ¡Mostrenco!
¿Y dónde os habeis metido
Julio y tú, que en un momento
desaparecisteis?

ROQUE. Yo
de Julio hablarte no puedo.
(No está mal nene ese Julio.)
En cuanto á mí, fué lo cierto
que empujado por la gente
y en el remolino envuelto,
fui á parar al otro lado
del rio; y allí Mamerto
me entretuvo relatándome
interesantes sucesos...
de Italia.

SINF. ¿Ya vuelves, Roque?
¿No habrá de enmendarte medio?

ROQUE. ¡Figúrate qué terrible
debió ser aquel encuentro!
¡Mil muertos! ¡seis mil heridos!

y quince mil prisioneros! (Enojo de Sinforosa.)
Hoy todos los fondos públicos
bajaron noventa céntimos...

SINF. ¡Oh! ¡Me voy para no oirte!
Tú vas á perder el seso.
(Váse por la derecha.)

ESCENA VI.

D. ROQUE.

Nada mas intolerante
existe que las jamonas.
Solo hablando de amoríos
y diciéndoles lisonjas,
se las tiene satisfechas
y hallan dulces y graciosas
cuantas palabras triviales
escuchan de nuestra boca.
Por eso yo me dedico
á mi polluela Ramona,
aunque tiene sus caprichos
y exigento es como pocas.
¿Pues no me obliga á comprar
esa novedad de moda
que trae hace veinte dias
revuelta á la córte toda?
¡El hongo!—La variacion
me gusta.—La hechura es cómoda.
Ancha el ala, quita el sol,
y recogida, es airosa.
La pluma, asi... desmayada,
es de apariencia española.
¡Si yo soy de los que gritan
«Muera el sombrero de copa!»
Y no tendré mas remedio
que coronar mi persona
con el chambergo esta tarde,
por complacer á mi hermosa.
Si yo pudiera ensayar
al espejo, y aqui á solas,
la postura mas coqueta...

Pero me falta una cosa
que se parezca... ¡Ah, qué idea!
Luego dirán que mi chola...
¡Eh! ¡Juana!... ¡Juana! ¡Magnífico
pensamiento! La victoria
en la Cerdeña, no cuesta
una idea tan grandiosa.

ESCENA VII.

D. ROQUE, JUANA.

JUANA. ¿Me llamaba usted?
ROQUE. Si: escuchá.
Cuando venga Julian,
necesito su sombrero
por seis minutos no mas.
JUANA. ¡Que le traiga á usté el sombrero...
del aguador!
ROQUE. ¡Pues! ¡Cabal!
Lo quiero para un ensayo
que luego comprenderás.
JUANA. (¡Pero este hombre está loco!
¿Qué diablos intentará?)
ROQUE. ¡Pobre Juana! Te sorprende
mi capricho, ¿no es verdad?
JUANA. Me parece tan excéntrico,
tan cursi y antisocial...
ROQUE. ¿De veras? Pues cuanto ahora
(Remedando el tonillo de Juana.)
hallas en él de vulgar,
pronto hallarás de... sublime,
puro, aéreo... Ya verás.
(Á esta muchacha hay que hablarle
en su lenguaje especial.)
JUANA. Á tiempo mas oportuno
no se pudo usté acordar
de pedirme ese sombrero,
pues el astur Julian
en este mismo momento
el agua escanciando está
ROQUE. Pues corre, que aquí te espero.
JUANA. Vuelvo al instante. (¡Qué afan!)

ESCENA VIII.

D. ROQUE, contemplando su sombrero entre las manos.

¡Adios, mi antiguo sombrero!
Perdona si no me opongo
á la conquista del hongo
que aplaude Madrid entero.
Pero, á fuer de caballero,
jamás insulto al vencido:
si mi pecho endurecido
te vé sucumbir sin pena,
no te llamaré colmena,
ni chistera ni embutido.
Ante el general deseo
(Hundiendo lentamente la copa.)
dobla la copa gigante.
¡Ayer reinaste elegante
y hoy pareces ya tan feo! (Mirándolo.)
¡Cuán abatido te veo
despojado de tu orgullo!
El madrileño murmullo
te condena á mejor vida,
y en señal de despedida
¡toma! ¡el último apagullo!
(Le dá un golpe y lo tira al suelo.)

ESCENA IX.

D. ROQUE, JUANA, con el sombrero del aguador.

JUANA. Aqui tiene usted, don Roque. (Dándoselo.)
ROQUE. Bravísimo, linda Juana.
Ahora voy á revelarte
lo que há poco te ocultaba.
JUANA. Pues mas absorto que yo
quedó el proveedor del agua
cuando le pedí el sombrero
para usted.
ROQUE. Porque ignoraba,
lo mismo que tú, cuán útil

(Estirando el ala del sombrero.)
es hoy para mí esta... águila.
Tú ya sabes que la moda,
veleidosa y casquivana,
ha decretado en Madrid
la transformacion mas árdua
que se registra en su historia
desde Adan hasta mis canas.

JUANA. ¿Alude usted al chambergo?

ROQUE. ¡Al mismo!

JUANA. ¡Vaya una gracia!
Pues qué, ¿piensa usted llevar
el del astur?

ROQUE. No, muchacha.
Escúchame, y mientras hable,
si puedes callarte, calla.
Son la moda y el capricho
dos absolutos monarcas,
porque gobiernan sin córtes
á cuanto ser viste ó calza.
Gobernantes aun mas fieros
que los caciques del África,
pues si alguno de sus súbditos
no cumple lo que ellos mandan
ó en seguir es perezoso
sus reformas, siempre sabias,
es fusilado al momento
por el ridículo; un arma
peor aun que cuantas lleva
Baraguay d'Hilliers á Italia.
Un general...

JUANL. Ya lo sé. (Con enfado.)
¿Cree usted que soy una záfia?

ROQUE. Prosigo. Yo, que no quiero
morir de muerte tan larga,
al fin me he determinado
á seguir la propaganda
del sombrero hongo ó chambergo.

JUANA. ¡¡Excelente!

ROQUE. ¿Si? ¿Te agrada
tambien la nueva reforma?

JUANA. ¿Pues no ha de gustarme? ¡Vaya!

¡Por lo radical y activa
me seduce, me entusiasma!

ROQUE. (Imitando la afectacion de Juana.)
¡Lo celebro! porque asi
hoy vas á ayudarme, Juana,
en el ensayo que pienso
hacer...

JUANA. ¿Con esa... metáfora?

ROQUE. Para hacer aqui una prueba
con este sombrero basta.

JUANA. Vamos pues.

ROQUE. Pero antes deja
que abarque de una mirada
el rey muerto y el rey puesto
para comparar su gracia.
(Coloca un sombrero sobre la horquilla y el otro sobre cualquier mueble.)
¡Hélos juntos!

JUANA (¿Quién no rie
al contemplar esta farsa?)

ROQUE. ¡Allí la moda de ayer!
¡Aqui la de hoy! (Momentos de meditacion.)
¡Me espanta
pensar lo que nos pondrán
sobre la frente mañana!

JUANA. ¿Quiere usted que le coloque
el sombrero?

ROQUE. ¿Tendrás maña?

JUANA. ¿Pues no? ¡Verá usted qué bien!
(Le pone el sombrero del aguador y se queda contemplándole.)
¡Qué airoso!!

ROUUE. ¿De veras, Juana?
¡Tú me adulas!...

JUANA. No, señor.
¡Si le viene á usted!... (¡Qué facha!)

ROQUE. Voy á mirarme al espejo.

JUANA. Mírese usted.— ¡Qué monada!

ROQUE. ¡Pues es verdad! (Mirándose.)

JUANA. Está usted
interesante.

ROQUE. (¡Qué ánsias

tengo ya de que Ramona
me vea!)

JUANA. ¡Si es mucha gracia
la que le dá á usted el hongo!
¡Qué juventud! ¡Qué elegancia!
¡Si parece usted un pollo
saliéndose de la cáscara!

ROQUE. Mira, chica, me sonrojas.

JUANA. Pero lo mejor nos falta.

ROQUE. ¿Qué cosa?

JUANA. Probar la pluma.

ROQUE. ¡Es verdad!

JUANA. Si yo encontrara...
Pero aqui tengo el plumero. (*Lo coge.*)
¿Verde, amarilla ó encarnada?

ROQUE. Para la prueba es igual.

JUANA. Bien; pondremos esta blanca.
(*Arranca una pluma. Toma el sombrero y la prende en él mientras dice D. Roque.*)

ROQUE. (Pues señor; ya soy feliz.
Me vé Ramona y se encanta.)

JUANA. ¿Á ver? ¡soberbio! ¡divino!
(*Despues de ponerle el sombrero con la pluma recta hácia delante.*)
¡Mírese usted!

ROQUE. ¡Qué gallarda (*Al espejo.*)
ondea!—Mas tú, que eres
una jóven literata,
¿sabes á quién me parezco
con estas marciales trazas?

JUANA. Calle usté... (*Discurriendo.*)

ROQUE. Á un piamontés
que vá á lidiar por su patria.

JUANA. Mejor dijera usté á Cromwell
entre las córtes británicas.

SINF. ¡Qué miro!! (*Entrando.*)

JUANA. ¡Ay! ¡la señora!
(*Váse corriendo por el fondo.*)

ROQUE. (¡Sinforosa!!—¡Pecho al agua!)

ESCENA X.

SINFOROSA, D. ROQUE.

SINF. Á ver si inmediatamente
te quitas ese sombrero.
¡Roque, obedece!
ROQUE. No quiero.
SINF. ¡Habráse visto insolente!
Aléjate de mi vista.
¡Si estás chocho!
ROQUE. Ya me voy;
mas sabe que desde hoy
me declaro reformista.
SINF. ¡No lo serás! Ya supongo
que con ese trasto viejo
te mirabas al espejo
pensando comprar un hongo;
pero como en casa halle
uno de esos muebles...
ROQUE. ¿Qué?
SINF. Rajado lo tiraré
por el balcon á la calle.
ROQUE. Hermana, no te sofoques.
Si cedo á tu génio fiero,
en la cuestion del sombrero,
me resisto. No me toques,
(Sinforosa intenta quitárselo.)
porque vamos á reñir.
Ahí te queda ese modelo.
(Se lo deja sobre la cabeza y busca el de copa.)
SINF. ¡Del aguador! ¡Santo cielo!
(Lo tira por la puerta izquierda.)
ROQUE. Para él ya puede servir.
SINF. (¡Con sus chocheces me abruma!)
ROQUE. Vóime á las sombrererias,
(Poniéndose el sombrero apagullado.)
y aqui vuelvo, ¡á que te rias
de mi chambergo con pluma!
(Váse por el fondo.)

ESCENA XI.

SINFOROSA.

¡Este hombre es loco de atar!
No le basta la mania
de charlar continuamente
de la guerra y la política,
sino que tambien intenta
seguir la invencion maldita
de esos chambergos. ¡Si es
la idea mas atrevida!
Una moda que no vino
de Paris. ¿Cómo se explica?
Ó querrán los sombrereros,
los sastres y las modistas
tener el mismo derecho
que allá en la nacion vecina
para inventar á su gusto
los trajes? ¡Qué tonteria!
¡Y qué dirán los franceses
si ven que ya no se imita
al menos en el sombrero
sus hechuras peregrinas!
Y sin embargo, esta tarde
he visto en la romeria
una multitud de hongos
con lazos, plumas y hebillas.
¡Y al fin saldrán con la suya!
¿Quién es? (Volviéndose.)

INÉS. Buenas tardes, tia.
(Entrando y con timidez.)

ESCENA XII.

SINFOROSA, INÉS.—Esta debe vestir ridículamente.—Su falda tendrá muy poco vuelo.

SINF. ¿Te ha acompañado don Lino?
INÉS. Hasta que cerré la puerta.
Ya sabe usted que jamás

sola en la calle me deja.
SINF. Así me gusta. Á las niñas
que en Madrid solas pasean,
ni las respetan los hombres,
ni las mujeres aprecian.
Y aunque solamente crucen
una angosta callejuela
para pasar al instante
de una acera á la otra acera,
tanto cunde la malicia
que suelen hallarse expuestas
á infinidad de peligros
que á veces... ¡muy caros cuestan!
INÉS. (Ya principian los sermones.)
El cielo me dé paciencia.)
SINF. Muchas son las privaciones
que ha de sufrir la soltera.
INÉS. Pues usted tambien lo está,
y bien sola se pasea
desde la calle Mayor
á la calle de Hortaleza.
SINF. ¿Y qué tiene la mocosa
que ver con mis diligencias?
Yo puedo pasearme sola
por la calle de Carretas
aunque pasen cien mil hombres;
y si preciso me fuera,
hasta la calle del Príncipe
atravesara serena.
Ademas de mis asuntos
que me obligan á correrlas,
tengo lo que tú no tienes;
y es la bastante experiencia
para no volver á casa
lamentando alguna pérdida.
INÉS. (Se conoce que á lo vivo
le ha llegado mi indirecta.)
SINF. Vaya que es mucha mania
la de estas chicas, que piensan
que dan los mismos derechos
diez y seis años que treinta.
INÉS. (¡Treinta! Y para medio siglo

ya no le falta hora y media.
(Mirando el reloj de sobremesa.)

Sinf. Lo mismo sucede siempre
que me rompes la cabeza
pidiéndome ¡descarada!
que permiso te conceda
para traer miriñaque.
¡Nunca tendrás mi licencia!

Inés. Pero tia de mi alma,
¿usted no gasta pollera?

Sinf. ¿Volvemos á la cuestion?
No te he dicho que esta prenda
sienta muy mal á las niñas
como tú? ¡Habrá muñeca!

Inés. Pero usted aun no me ha dado
razones que me convenzan.

Sinf. ¿Y qué? ¿Tengo obligacion
de explicar mis providencias?

Inés. Mas si usted las explicase,
me resignara contenta
á llevar casi pegada
la blanda enagua á las piernas.

Sinf. Pues escucha mis razones,
ya que á decirlas me fuerzas.
(Inés se sienta lejos de su tia, al lado opuesto de la escena.)
Hay en todas las edades
para varones y hembras,
usos que estan con los años
en relacion muy directa.
Por ejemplo. Entre los hombres,
aquellos que barbas peinan
parece muy bien que fumen
cigarrillo ó panetela;
pero es cosa que fastidia
y que disgusta y revienta,
mirar á un imberbe pollo
que sin asomos de cresta,
vá chupando todo el dia
los coráceros de á tercia...

Inés. ¿Adónde vá usté á parar?

Sinf. Escúchame y ten prudencia!

Exactamente lo mismo
sucede con la pollera.

INÉS. (¡Qué disparate!)

SINF. Nosotras,
á los veinticinco ó treinta,
edad en que ya las formas
redondeadas descuellan,
necesitamos llevar
las faldas mucho mas huecas;
pero las niñas de quince,
por lo regular entecas,
y cuyos cuerpos flexibles
solo tienen líneas rectas,
al usar el miriñaque
para abultar sus caderas,
se ponen tan en ridículo
y del mismo modo pecan,
que los imberbes chupando
los coraceros de á tercia.

INÉS. (¡Bonita comparacion
entre el tabaco y la tela!)

SINF. Por eso los periodistas
en la gacetilla truenan
contra el uso inmoderado
de esta máquina secreta;
y así las que no abusamos
pagamos culpas ajenas.
¿No se dice que las jóvenes,
mas elegantes y bellas
estan, cuanto mas sencillas
en su traje se presentan?
Pues ahí tienes la razon
principal de mi exigencia.
Con una falda estás bien.
¡Es la sencilla perfecta!

INÉS. (¡Si Julio no se decide
á romper esta cadena!)

SINF. ¡Pero calle! Estoy mirando...

INÉS. (¡Dios mio! ¡Cómo me observa!
(Procurando ceñirse bien el vestido.)
Si habrá notado que puse...)

SINF. ¿Inés, traes hoy pollera?

INÉS. Señora, bien sabe usted
que no tengo... (Ya me pesa
haberme excedido hoy...)

SINF. Pues me pareces mas hueca
que otros dias.

INÉS. No, señora.
Una falda traigo puesta.
Será la luz... la postura...

SINF. ¡Levántate!—Dá una vuelta.
(Inés obedece, recogiendo el vuelo hácia atrás y delante, de modo que al dar las vueltas, no lo vea Sinforosa.)
¡Otra!—¡Á ver!—
(Se dirige á Inés y le toca al vestido: primero por detrás y despues por delante. Inés sigue haciendo el mismo juego, hasta que Doña Sinforosa le abraza la falda.)
¡Si es mucho bulto!
¡Lo menos media docena
de faldas!...

INÉS. Créame usted,
que es una.

SINF. ¡Mira, no mientas!

INÉS. Se lo aseguro á usted, tia.

SINF. Entonces está muy tiesa.
¡Tendrá un carro de almidon!
¡Así no dura!
(Vuelve á su asiento como escandalizada.)

INES. ¡Si apenas
la he planchado! (Soy perdida
si en registrarme se empeña.
¿Por qué me habré puesto dos?...)

SINF. Mira, Inés, eso no cuela,
y para salir de dudas
voy á registrarte. ¡Ea!
(Vuelve hácia ella. Ines dá un grito, y huye de Sinforosa que la sigue. Mientras corren por la escena dicen los siguientes versos.)
¡Acércate!—¡Ven aquí!

INÉS. (¡Me vá á arañar esta vieja!)
¡Pero tia!..

SINF. ¿Te resistes?

Ahora verás dónde llega...

ESCENA XIII.

DICHAS, JUANA.

Sinforosa se detiene al escuchar las primeras palabras de Juana.

JUANA. El señor don Julio, espera
según usted me ordenó,
en la sala color rosa.

SINF. (Con ternura.)
¿Julio?... (¡Alienta, corazon!)
(Á Inés con seriedad.)
Bien puedes agradecer
su visita. Ahora me voy;
pero luego nos veremos.
(¡Corramos hácia mi amor!)
(Váse por el fondo, sonriendo.)

ESCENA XVI.

INÉS, JUANA.

INÉS. ¡Á qué momento llegaste,
Juana!

JUANA. ¿Pues qué sucedió?

INÉS. Despues hablaremos de ello.
Baste á tu satisfaccion
saber que al interumpirnos
evitaste un lance atroz.
Ahora hablemos de mi Julio.
¿Le diste mi carta?

JUANA. No,
señorita.

INÉS. ¿Y qué motivo?...

JUANA. Dispénseme usted, por Dios.
Yo no sé dónde la he puesto.
La busqué en el comedor,
en la sala, en la cocina,
en la alcoba y el salon,

y no pude dar con ella.

INÉS. ¿Pero entonces?...

JUANA. ¡Qué sé yo!

INES. Pobre de mí si la tia
llega á descubrir...

JUANA. ¡Mejor!

INÉS. ¿Qué dices?

JUANA. Asi se acaba
esta continua ficcion
que obliga al señor don Julio
á hacer por tabla el amor.

INÉS. ¡Pero habrá una tempestad!...

JUANA. Tras la lluvia viene el sol;
y es preferible cien veces
que riñan ustedes dos,
á sufrir este martirio
lento, oculto, roedor.
¿No le devora á usté el alma
saber que en la habitacion
vecina se halla don Julio
diciendo frases de amor
á esa ridícula vieja
que sus amores creyó?

INÉS. ¡Ay, Juana! ¡Si hasta los celos
me atormentan con rigor!

JUANA. Ya lo creo, señorita.
Tal es nuestro corazon,
que no le gusta saber
que su amante corre en pos
de otra mujer, aunque sea
por convenido complot.
Hay bromas que á veces tienen
un desenlace...

INÉS. ¡Qué horror!
¿Temes acaso que Julio...

JUANA. ¡Se ven tales cosas hoy!
(Ojalá por este medio
la insubordine.) ¡El amor
del hombre es tan susceptible
de la mas vil decepcion!

INÉS. Si tal supiese, esta noche,
sin empacho ni rubor,

la revelara á mi tia
todo el misterio.

JUANA. ¿Pues no?
Usted debe hacerlo asi,
y con imponente voz
decirle: «Novias de Julio (*Con énfasis.*)
somos, señora, las dos;
pero hay una que le sirve
de pretexto en su pasion.
Usted es la novia... apócrifa,
la verdadera soy yo!»

INÉS. Si tal, estoy decidida
á resistir su furor.

JUANA. Al fin, siguiendo esta farsa
¿consigue usted algo? ¡No!
Esa vieja maliciosa,
como ha sucedido hoy,
recibe al señor don Julio
en su apartado salon;
y apenas se ven ustedes
sino cuando quiere Dios
que se encuentren casualmente
al cruzar el corredor.
Créame usted, señorita.
Un arranque, y se acabó.
En el dia ya no bastan
los amores de Platon.

INÉS. Pero me infunden tal miedo
sus iras...

JUANA. Por defensor
tendrá usted pronto á don Julio.
Si tanto se enamoró
como me asegura siempre,
¡que se case! ¡Plegue á Dios
que anden el dia de Corpus
del brazo en la procesion!

INÉS. ¿Y gastaré miriñaque
bien redondo?

JUANA. ¡Es de rigor!

INÉS. ¡Si supieras qué regaño
hace poco me costó
haber puesto esta mañana

en vez de una falda, dos!

JUANA. Pues para darle usté en rostro
á esa vieja culebron,
vá usté á ponerse ahora mismo
una pollera.

INÉS. ¡Bah! ¡Yo!...
¡si sabes que no la tengo!

JUANA. Espérese usted, que voy
á buscar la que me pongo
cuando visto *comm'il faut*.
(Coge la horquilla y váse corriendo por la derecha.)

ESCENA XV.

INÉS.

Pero Juana, ¡mira!... ¡escucha!
¡Con su poca reflexion
vá á comprometerme un dia
ese diablo tentador!
¡Vestirme con miriñaque!
¡Buena figura haré yo!
No voy á saber ponerlo
si no me dá una leccion;
porque debe ser difícil
arreglar el vuelo atroz,
y mas difícil llevarlo
con desenfado español!

ESCENA XVI.

INÉS, JUANA con un vestido y un pañuelo sobre el brazo, y un miriñaque colgando de la horquilla.

JUANA. ¡Aqui traigo el miriñaque!
Y como son tan estrechos
los vestidos que usted gasta,

INÉS. ¿Qué hiciste? ¡Ya me lo temo!

JUANA. Cogí al pasar por la alcoba
una bata y un pañuelo...

INÉS. ¡Juana! ¡Si son de la tia!
(Examinándolos.)

JUANA. Es verdad. ¿Y qué tenemos?
Asi será mas terrible
su coraje.

INÉS. No me atrevo
á ponerme ese vestido.

JUANA. ¡Déjese usted de aspavientos!
Por encima de su ropa
colocaremos primero
el miriñaque... Ya está.
(Se lo pone.)
¡Verá usted qué lindo cuerpo!

INÉS. ¡Ay! si llegase ahora mismo
la tia, ¡qué buen encuentro!

JUANA. No se turbe usted. La bata,
sobre los aros. (Id.)

INÉS. ¡Yo tiemblo!

JUANA. Y el pañolon de Manila,
cruzado por sobre el pecho. (Id.)
¡Qué elegante! ¡está usté hermosa!
¿Á ver? ¡Qué aire tan esbelto!
¡Ande usted un poco! Bravo!
(Inés se pasea, componiendo elegantemente su figura, que debe contrastar con su anterior ridiculez.)
En verla á usted me deleito!

INÉS. Pues si es la cosa mas fácil
andar con este embeleco!
¿Le doy gracia?

JUANA. ¡Mas que yo!

INÉS. ¡Y es cómodo!

JUANA. ¡Ya lo creo!
Si me parece usted otra!
(¿Hay nada mas embustero
que un miriñaque cumplido?)

INÉS. Juana, sigo tu consejo.
(Con resolucion.)
Y aunque a tia se oponga,
no me lo quito.

JUANA. ¡Soberbio!

SINF. ¡Digo que no son bastantes
(Dentro.)
para mí esos argumentos!

JULIO. Pero señora... (Dentro)

NÉS. ¡Ellos dos!
(Mirando al fondo.)
JUANA. ¡Hácia aqui vienen riñendo!
¡Corra usted! Tras esa puerta
su disputa escucharemos

ESCENA ÚLTIMA.

SINFOROSA y JULIO por el fondo.—Inés y Juana observando en la puerta derecha, luego D. Roque. —Julio trae un chambergo elegante.

JULIO. Pues creo que mis razones
vienen, Sinforosa, al caso.
(¡Y tampoco está aqui Inés!)
SINF. Julio, ¡se cansa usté en vano!
Ó deja usted esa moda
del hongo, que me hace daño,
ó reñimos. Yo no puedo
mirar esos mamarrachos.
JUANA. (Buena ocasion, señorita,
para presentarse. ¿Entramos?)
JULIO. Considere usted señora,
que para el sol...
SINF. ¡Buen descargo!
No quiero verle á usté asi
ni en invierno ni en verano.
JUANA. ¡Pues la señorita quiere!
(Presentándose con Inés.)
SINF. ¡Qué veo! ¡Yo estoy soñando!
INES. (¡Ampárame, justo cielo!)
JULIO. (¡De la manta tiró el diablo!)
SINF. ¡Mi pañuelo! ¡Mi vestido!
(Registrando el traje de Inés)
¡Uff! á mí me vá á dar algo!
(Se deja caer en un sillon.)
ROQUE. ¡Ya estoy de vuelta! ¿Te gusta
el chambergo que he comprado?
(Trae un gran rollo en la mano. El chambergo de D. Roque, ridiculo y con pluma de color.)
SINF. ¡Tú tambien! ¡Yo me sofoco!
¡Agua! ¡agua! ¡Me desmayo!

INES. ¡Tia!
JUANA. No se asuste usted.
(¡Por fin dimos el gran paso!)
ROQUE. ¿Sabe usted que en el Piamonte
(A Julio con misterio.)
el negocio no está claro?
Mire usted las posiciones.
(Desenvolviendo el plano, que debe ser muy grande.)
Quise comprar este plano...
SINF. ¿Callarás con tu mania?
(Levantándose.)
¡De asunto mas serio hablamos!
ROQUE. ¿Pues de qué se trata entonces?
JULIO. Oiga usted. Voy á explicarlo.
Sinforosa se incomoda
porque chambergo gastamos,
sin que basten mis razones
á desvanecer su enfado.
ROQUE. ¿Tambien usted, por lo visto,
es del hongo partidario?
JULIO. ¿Qué hemos de hacer?
ROQUE. ¡Caro amigo!
(Abrazándolo.)
JUANA. (¡Señorita! ..)
(Haciéndole observar este abrazo.)
ROQUE. ¡Bravo! ¡Bravo!
(Estrechando la mano de Julio.)
JULIO. Créame usted, Sinforosa.
La moda tiene sus cambios,
y sobreponerse á ellos
no es propio de hombres sensatos.
SINF. ¡Pero la Francia! ¡La Francia!
(Con calor.)
¿Qué dirá de este conato
de independencia!
JULIO. Dirá
que los españoles rancios,
ya saben vestirse solos
sin necesidad de ayo.
SINF. Por mucho que usted discurra,
no doy á torcer mi brazo.

JULIO. Señora...

ROQUE. ¡Déjela usted!
¡si esa mujer es el diablo!

SINF. ¡Y tú Lucifer!

JULIO. Mas calma.

ROQUE. ¡Sinforosa!

INÉS. (Suplicando.) ¡Papá!

SINF. (Con ira.) ¡Hermano!

ROQUE. Para evitar mas cuestiones,
mañana mismo me marcho
á vivir independiente.

JUANA. (¡Señorita! ¡Bien estamos!)

SINF. Te llevarás á tu hija.
¡No sé cómo no la mato!
Mírala bien —¡Qué volúmen!
¡Qué impavidez! ¡Qué descaro!

INÉS. ¡Papá, si hoy el miriñaque
como el hongo es necesario!

ROQUE. ¿Si? Pues compraremos uno
que dará golpe en el Prado.

JULIO. (¡En qué parará la fiesta!)

ROQUE. Sinforosa, yo me marcho,
y dentro de cuatro dias
sabe, hermana, que me caso.

SINF. ¡Tú! ¿Con quién?

ROQUE. Con Ramoncita...
la de la calle del Baño...

SINF. ¡Con Ramona! ¡Ya estás fresco!
(¡Por fin, Señor, me has vengado!)
¡Toma! Mira ese papel.
(Entregándole el tarjeton de la escena tercera.)

ROQUE. ¿Á ver?

SINF. (¡Cómo estoy gozando!)

ROQUE. «Doña Ramona Tarrasa (Leyendo.)
y don Teodoro Leon,
le participan su union
y ofrecen su nueva casa.»
¡Me la birló Teodorito!
¿Y te ries? Pues en cambio
mira este otro papel
que en el pasillo he encontrado.
(Le entrega una carta.)

INÉS. (¡Mi carta!)

ROQUE. Es un billetito
que sirvió para informarnos
de que mi querido Julio
ama á Inés.

INÉS y JUL.. ¡Señor!
(Arrodillándose mientras Sinforosa lee la carta.)

ROQUE. ¡Alzaos!
Usted, siendo reformista,
debe ser un buen muchacho.
(Le pone el chambergo.)
¿La quiere usted?

JULIO. ¡Con delirio!

ROQUE. ¿Y tú, niña?

INÉS. ¡Le idolatro!

ROQUE. Pues pelillos á la mar.
Julio, ahí tiene usted su mano.

SINF. ¡Traidor! No sé cómo sufro...
¡Es decir que fué un engaño!

ROQUE. Es decir que tú serviste
de pantalla. Igual estamos.

SINF. (¡Infeliz de la soltera
que á los cincuenta ha llegado!)

ROQUE. ¿Y tú, Juana?

JUANA. Yo, señor,
tengo un novio literato.

ROQUE. Bien, pues quiero ser padrino
del casamiento. ¿Vá largo?

JUANA. Hasta que tenga un buen sueldo
difícil será casarnos.

ROQUE. Pues prepara tus negocios,
que vá á ser pronto.

JUANA. ¡Yo salto!...

ROQUE. Quiero fundar un periódico
político y literario,
que hable solo de la guerra
entre franceses y austriacos,
y en él ganará un buen sueldo.

JUANA. Pues mañana nos casamos.

SINF. ¡Es decir que quedo sola!
¡que me abandonais! ¡Villanos!

ROQUE. Adhiérete á los chambergos,

ó harás vida de ermitaño.

SINF. Roque... yo... (¡Vaya un apuro!)
Un dia pido de plazo
para pensar mi respuesta.

ROQUE. ¡Concedido!—¡La ganamos!! (A los demas.)

JUANA. (Al público.)
Para trazar el autor
este cuadro... disolvente,
necesitó solamente
algunas horas de humor.
Es la relacion exacta
de lo que á Madrid inquieta;
pero neutral el poeta,
deja la cuestion intacta.
Si es preciso que yo tuerza
mi simpatía á algun bando,
la inclino... os estoy mirando!...
al que aplauda con mas fuerza.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada. Madrid 25 de mayo de 1859.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

